

BELVER DE LOS MONTES

Población situada a 40 km al noreste de Zamora, dentro de la comarca de Tierra de Campos. El pueblo se ubica a la vera del río Sequillo y al pie del monte Taraza, en cuya ladera se estableció un recinto amurallado del que aún quedan algunos vestigios.

El lugar aparece documentado desde el siglo X con el nombre de *Villa de Zaide*, *Zait* o *Zabid*, que adoptó a lo largo de los siglos XI y XII múltiples variantes, como *Valle de Ceide*, *Valle de Zaidi*, *Villacedi*, *Villa cehte*, *Villaceide*, *Villacete*, *Villaceit*, *Villa Zaid*, *Villa Zeyd*, etc. La primera referencia conocida se encuentra en un privilegio de Ramiro II de 940 en el que se mencionan unas *vineas et senara* que el monasterio de San Martín de Castañeda tenía en este lugar. Poco después, en 1013 vuelve a aparecer citado en una donación de casas y heredades realizada a un monasterio de San Pedro y San Pablo situado en el monte Cauriense.

Es precisamente el cambio de nombre el que plantea mayores dudas ya que la denominación con la que aparece en los documentos más antiguos nada tiene que ver con la actual. Esta disparidad es posible que obedezca a una dualidad de poblaciones, por una parte la que se estableció desde el siglo X en torno al monasterio de San Salvador, que recibió la denominación antigua (*Villacete* y todas sus variantes), y por otra la que surgió dentro del recinto amurallado (Belver), que con el paso del tiempo se acabó imponiendo. En 1229, en la concordia entre el obispo de Zamora y el abad de Sahagún, se dice de forma explícita *Belver, que quondam vocabatur Villacet*. No está claro, sin embargo, cuál de los dos asentamientos fue anterior, pues aunque desde mediados del siglo X figura con la primera denominación no es menos cierto que la ocupación del cerro también es antigua, pues su fortaleza está documentada, según Vaca Lorenzo, desde principios del siglo XI. En cualquier caso, parece claro que castillo y monasterio fueron los factores que definieron la importancia del lugar y justificaron las atenciones de que fue objeto por parte de los monarcas leoneses, que se concretaron en el fuero otorgado por Alfonso IX el 12 de octubre de 1208.

En 1029 se tiene noticia de la existencia de un *cenouio Sancti Salvatoris, que est fundato en Uale de Uila Ceide*, en torno al cual hemos de suponer que comenzara a agruparse la población (*ibi erant nostras gens et multos omnes*). De la importancia que fue adquiriendo la villa con el paso del tiempo es buena muestra el privilegio otorgado en 1140 por Alfonso VII, por el que se concedía el mercado que hasta entonces venía celebrándose los miércoles en el cercano pueblo de Bustillo del Oro, al tiempo que se autorizaba a los monjes del monasterio el cobro de su portazgo. Por otra parte, el valor estratégico del lugar propició la construcción de una fortaleza en lo alto del cerro, partiendo de una edificación defensiva anterior que fue ampliada. En un documento de 1194 se menciona dicho castillo y la villa dependiente de él, citada con el nombre de *Belvis*. Según Gutiérrez González, la posterior intervención de Alfonso IX permite conocer las fechas aproximadas de construcción de estas fortificaciones que pasarían a formar parte, junto con las de San Pedro de Latarce y Castronuevo, de la línea defensiva leonesa frente a la cercana frontera natural de Castilla que eran los Montes Torozos. El 1 de septiembre de 1211 el propio monarca leonés hizo entrega de *illud meum castrum quod ego edificavit et feci in valle de Villa Ceth*, con todos sus derechos y alfoz, al obispo de Zamora, cambiándose los dos años más tarde por la villa de Villalcampo. En este documento de permuta se cita ya como *castello de Belveer*. Por esos mismos años se estaba levantando también la muralla, de ahí que en 1214 se acordara con el monasterio de Sahagún la redención del tercio de los diezmos por diecisiete años con el fin de construir dicha cerca. Hoy sólo queda en pie parte de ese recinto amurallado con algunos lienzos construidos con fortísimos tapiales de cal y canto que se extienden por los lados sur, este y oeste de la loma, así como los restos de una puerta al sur y de una torre al noroeste.

Con el paso del tiempo la población fue abandonando la ciudadela para trasladarse al llano, en torno al monasterio de San Salvador y a la iglesia de Santa María. Del castillo, que más tarde poseyeron el infante don Juan el Tuerto y Alvar Núñez de Osorio, nada queda ya que fue completamente destruido.

Monasterio de San Salvador

LA PRIMERA REFERENCIA DOCUMENTAL sobre el monasterio de San Salvador se remonta al año 1029, cuando Fronilde Ovéquiz y sus padres, Oveco Muñoz y Marina Vimáraz, se reunieron en el monasterio *quos vocitant Sancti Salvatoris de Uila Ceide* para decidir sobre el reparto de unas heredades. En el acuerdo al que llegaron se estableció que el citado cenobio quedara íntegro en propiedad de la madre, doña Marina, junto con otros bienes entre los que se encontraba la mitad de *Uale de Uila Ceide*. En los años siguientes continuaron las donaciones realizadas a su comunidad que estaba encabezada por el abad Ermenegildo y el prepósito Juan. Así, en 1042, de nuevo Oveco Muñoz, junto con su mujer e hijos, le hizo entrega de varios lugares situados en el campo de Toro, recordando que ellos habían fundado dicho monasterio (*Construximus ibidem monasterium et ecclesiam Sancti Salvatoris*) y acotado sus términos, concediéndole después toda su

herencia, incluida la donación del realengo y del *comisso de Uilla Cete* hecha por el rey Vermudo.

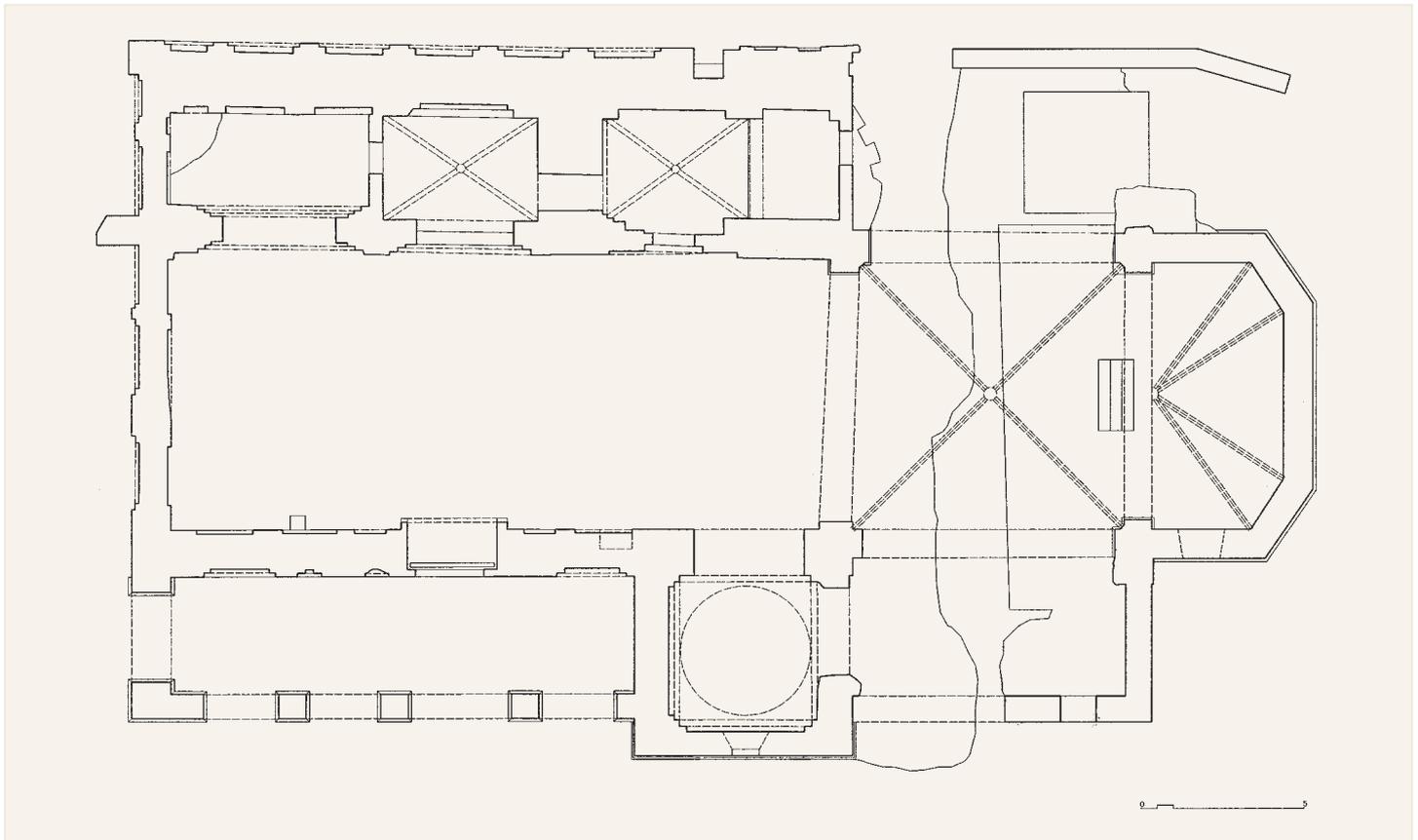
Al menos en los primeros momentos estuvo ocupado por una comunidad dúplice de siervos y siervas, según consta en un documento de 1103, y era, por lo que hemos visto, un monasterio particular que poco a poco fue perdiendo su independencia en favor de la abadía benedictina de Sahagún. En efecto, a principios del siglo XII, Ordoño Sarracín, Pedro Gutiérrez, Martín Froilez —nieto de los fundadores— y Alonso Téllez entregaron al cenobio leonés las partes que les correspondían del de *Villacete*, quedando incorporado a él de forma definitiva en 1130. En esos momentos cesaron los abades propios y los monjes de Sahagún se hicieron cargo de la recaudación de diezmos y tributos ocasionando el malestar de los vecinos, del obispo y del cabildo de Zamora que no veían con buenos ojos esta injerencia. El conflicto derivó en un litigio desde 1208 y en un enfrentamiento violento en 1216 cuando Martín I, obispo de Zamora, entró en el monasterio de San Salvador expulsando a los monjes y poniendo en su lugar al clero secular.

En 1229 el obispo Martín II y el Cabildo llegaron a un acuerdo con Guillermo II, abad de Sahagún, sobre las primicias y diezmos de las iglesias de Belver, estableciendo que el prelado recibiría cada año la tercia de las iglesias de Santa María y San Salvador, tendría además el derecho de institución del clérigo y el abad el derecho de presentación. A pesar del acuerdo firmado, el malestar seguía latente entre el vecindario lo que desembocó en un nuevo levantamiento, en 1231, con serias revueltas que se extendieron hasta la misma villa de Sahagún. En este caso el motín fue sofocado por el aguacil mayor Álvaro Rodríguez que había sido enviado por el rey. El abad Guillermo se dio por satisfecho con la humillación de los vecinos que fueron obligados restituir las cosas a su sitio en un plazo de diez años. Las desavenencias continuaron a lo largo de toda la centuria hasta que en 1301 el abad de Sahagún arrendó el priorato de Belver, con todos sus derechos y pertenencias, a Rodrigo Álvarez Osorio con la condición de que éste mantuviese a dos clérigos, uno para la iglesia de San Salvador y el otro para la de Santa María.

En el transcurso de los siglos siguientes el edificio fue transformándose con sucesivos añadidos y reformas que alteraron sustancialmente su fábrica primitiva. En 1835 fue víctima de la desamortización, conservando la iglesia la titularidad de parroquia, que perdió definitivamente en la década de 1950 lo que favoreció su abandono total. Desde entonces la ruina ha ido avanzado de forma galopante y el fin del conjunto se palpa ya. El panorama es tan desolador

Vista aérea de Belver

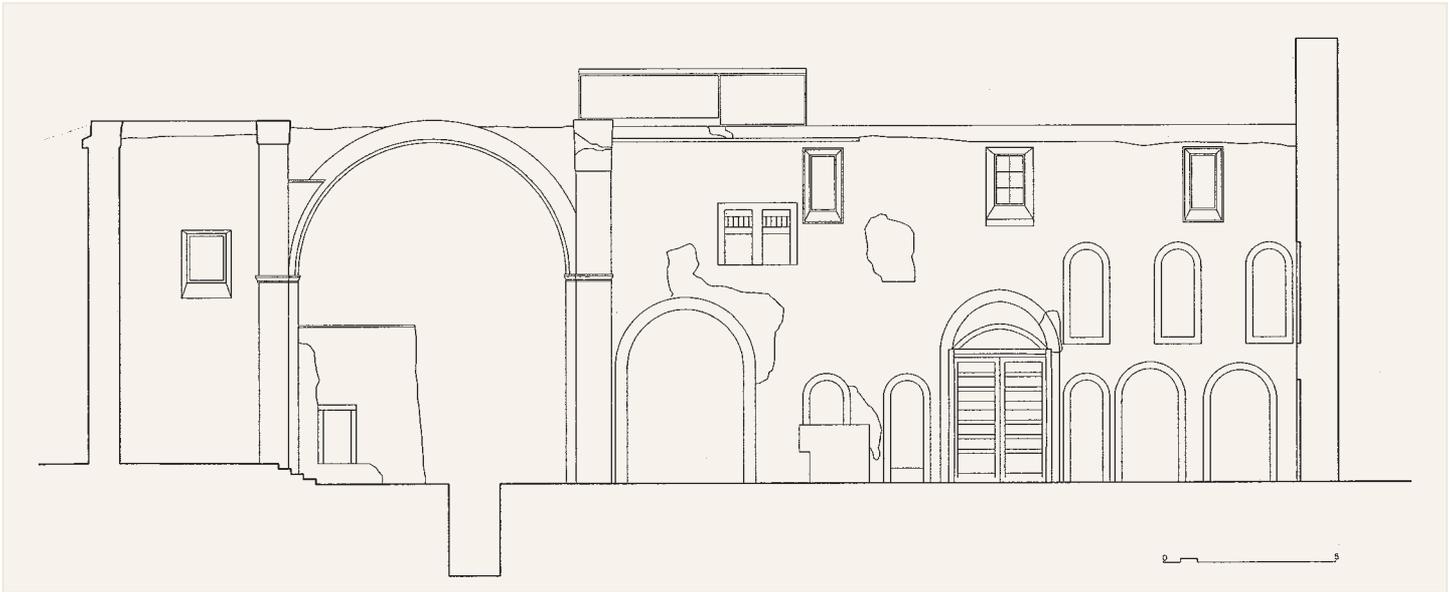




Planta

Alzado sur





Sección longitudinal

que si no lo remedia nadie pronto asistiremos a su desaparición. En este sentido hay que decir que nos consta la existencia de un proyecto de rehabilitación para destinarlo a Casa Consistorial y edificio de servicios múltiples.

Del antiguo monasterio románico sólo quedan en pie los maltrechos muros de su iglesia, contruidos con un núcleo de cal y canto rodado encerrado entre paramentos de ladrillos unidos con llagueado a doble bisel. Originalmente constaba de tres naves separadas por pilares acodillados de ladrillo sobre los que cabalgaban arcos de medio punto doblados que arrancaban de impostas de nacela, de los cuales sólo se han conservado los del lado del evangelio. Estas naves remataban en una triple cabecera de ábsides semicirculares que fueron destruidos en el siglo XVI para construir un nuevo testero de planta poligonal. La excavación arqueológica realizada en septiembre de 1992

sacó a la luz la cimentación de los ábsides central y meridional, así como la parte inferior del septentrional. Éste presenta un zócalo de ladrillo del que arrancan arquerías ciegas de las que sólo quedan a la vista las pilastras que los soportaban y el enfoscado que en parte las cubría.

Los aspectos puramente constructivos quedaron debidamente aclarados en su día por los autores de la excavación, aunque no sin plantear algunas dudas a propósito de los datos que proporcionó la cimentación de la cabecera. Advirtieron una clara diferencia entre los cimientos del ábside central realizados con cantos rodados unidos con mortero de cal, y los laterales, de cantos rodados unidos con tierra compacta. Además se pudo comprobar que no se hallaban trabados entre sí lo que hace suponer que se construyeron en campañas diferentes. También se documentaron dos enterramientos excavados en el nivel natural, cuya mitad superior se introducía por debajo de los cimientos de los ábsides laterales. Todo ello parece indicar que, o bien el ábside central formaba parte de una construcción anterior (quizá del siglo XI), o bien que se construyó primero éste y poco tiempo después se levantaron los laterales. Se comprobó igualmente que el proceso constructivo abarcó, en un principio, a toda la caja de muros para proceder después a la compartimentación interior con la construcción de los pilares exentos y de los que se adosan al muro de los pies, sin ningún tipo de trabazón con él.

Respecto a los aspectos ornamentales del edificio hay que señalar que sus muros se articulan, tanto al interior como al exterior, con dos cuerpos de arquerías ciegas dentro de recuadros y frisos de esquinillas, con algunas variantes en su disposición. El alzado meridional es el que peor se ha

Restos de la muralla



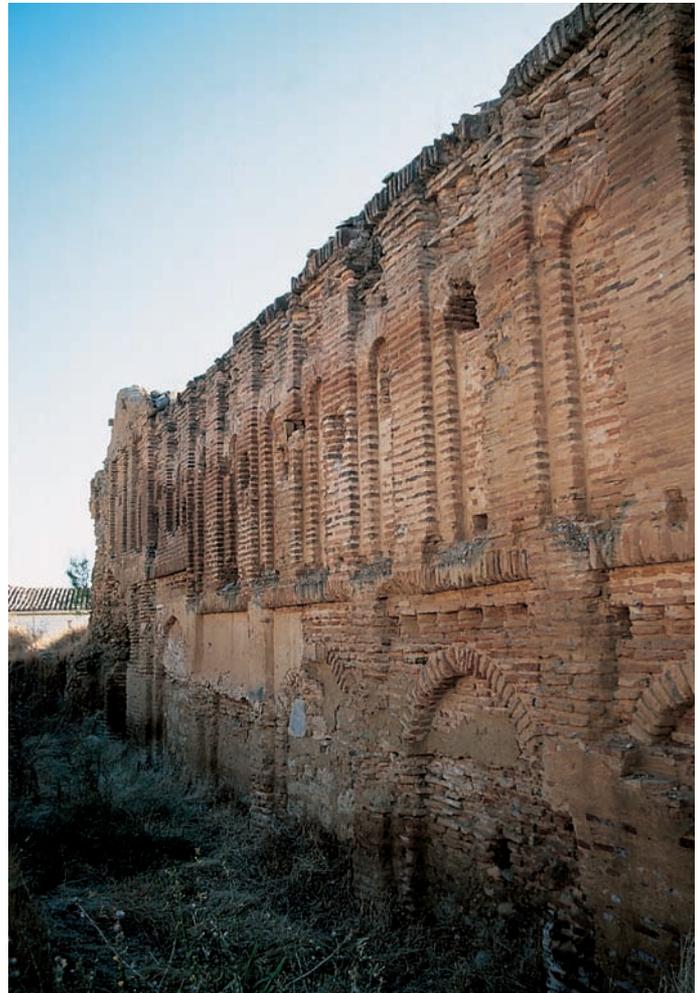


Restos del monasterio de San Salvador

conservado pues debió experimentar una reforma en el siglo XVIII cuando se hizo la nueva portada. En cada extremo del muro se distinguen todavía dos arcos de medio punto coronados por un friso de esquinillas y guarnecidos con los consabidos recuadros y entre ellos dos niveles de arcos más pequeños y tapiados. Los muros septentrional y occidental presentan la misma estructura decorativa, con un zócalo de piedra sobre el que se eleva el muro de ladrillo articulado en un nivel inferior de arcos de medio punto simples alojados entre bandas verticales y sardineles, y otro superior en el que se disponen, sin guardar simetría con los de abajo, arquillos más esbeltos con esquinillas y rectángulos. Este ritmo sólo queda interrumpido en el muro septentrional por la apertura de dos portadas, la más antigua que sigue el mismo esquema decorativo, y otra apuntada, más próxima a la cabecera, que fue construida más tarde para comunicar con una capilla o dependencia aneja.

En el interior se realizaron importantes reformas entre los siglos XVI y XVIII que alteraron considerablemente su distribución primitiva. Además de construirse la nueva cabecera, se dotó al edificio de una sacristía, la nave del evangelio fue compartimentada en capillas y los arcos formos tapiados con adobes, al tiempo que se destruyeron los pilares y los arcos que formaban la nave de la epístola. Pese a todo quedaron más o menos íntegros los muros perimetrales, decorados con los mismos elementos vistos en el exterior aunque cambiando el ritmo. En el ángulo noreste se conserva la escalera de caracol por la que se accedía a la espadaña, que se cubre, como es norma, con bóvedas de cañón escalonadas, al igual que ocurre en las

Muro septentrional





Detalle del muro occidental

Detalle de la fachada meridional



iglesias toresanas de San Salvador de los Caballeros y la ermita de Nuestra Señora de la Vega.

Para concluir podemos afirmar que el esquema decorativo que vemos en San Salvador de Belver se aleja un tanto del modelo clásico de Toro en el que imperan las arquerías de un solo orden jalonando los muros en toda su altura. Algunos detalles ornamentales, como la distribución en dos niveles de la decoración, así como la utilización sistemática de la combinación de arco, recuadro y friso de esquinillas recuerdan sobre todo formas relacionadas con las iglesias sahaguninas, nada extraño por otra parte dada la vinculación que existió con la gran abadía. La pervivencia de estas soluciones induce a situar su construcción hacia los últimos años del siglo XII.

Texto: PLHH - Planos: STR - Fotos: PLHH/JNG

Bibliografía

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1965, p. 179; ANDRÉS, Fr. A., 1961; ESCALONA, R., 1782, pp. 261-262; FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-3, I, pp. 230, 252-254, 334, 384, 415-416; FERNÁNDEZ FLÓREZ, J. A., 1991, docs. 1192, 1240, 1269; FERNÁNDEZ FLÓREZ, J. A., 1994, docs. 1533, 1572, 1594, 1650, 1659, 1660, 1861-1862; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 250-252; GONZÁLEZ, J., 1943c, I, pp. 179, 427, II, pp. 375, 395, 458; GUTIÉRREZ DEL ARROYO, C., 1959; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1995, pp. 358-361; HERRERO DE LA FUENTE, M., 1988a, docs. 424, 428, 459, 470, 473, 477, 479, 510, 611, 615 y 619; HERRERO DE LA FUENTE, M., 1988b, docs. 1091, 1092 y 1126; LERA MAÍLLO, J. C. de, 1999, docs. 275, 283, 424; LOBATO VIDAL, J. C., 1997, pp. 27-31; MADDOZ, P., 1845-50 (1984), p. 37; RIVERA BLANCO, J., 1995 (coord.), pp. 1026-1027; RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J., 1990, pp. 149-155, 315-319; TEJEDOR MICÓ, G., J., 1988, pp. 252-255; VACA LORENZO, Á., 1995, p. 449; VIÑE ESCARTÍN, A. I. *et alii*, 1992, pp. 109-122; ZATARAIN FERNÁNDEZ, M., 1898, p. 66.

Interior

